

PRIMER CONCURSO DE RELATOS BÁRBARA GARCÍA

CHARCOS EN EL ALMA - cuidar y ser cuidado - Xabarik de Monleon

1

Aquella mañana al despertar se dejó invadir por la luz que llenaba la estancia. Se sintió agradecida de vivir y haber llegado. Acercándose a la ventana, comprobó que la lluvia de la noche anterior había dejado charcos en el asfalto y en el alma. Sonó el teléfono y tras contestar con un "aló" temeroso, respondió una voz de mujer clara y confiada diciendo - Acabo de ver su demanda de trabajo en el periódico -.

Una hora después, estaba ante un café con leche y una cara de mujer adornada con sombrero y melena corta plateada, que le preguntaba por su experiencia profesional.

- ¿Experiencia? - Dijo ella, bajando la mirada -. No más que haber cuidado a mi abuelita allá en Perú. Apenas llevo dos días en el país. Necesito trabajar, señora, dejé dos hijos pequeños allá y debo mandarles dinero -.

- ¿Y esperas que te contrate sin experiencia? - Dijo asombrada por el relato de la muchacha -.

- Señora - respondió -, usted parece una buena persona. Ayúdeme, por favor, deme el trabajo, se lo ruego. No se arrepentirá -.

Apurando el café cogió las llaves del coche que había dejado sobre la mesa y levantándose dijo - Yo no estoy para hacer favores, sólo soy una mujer que se está muriendo. No puedo hacer nada por usted -. Dio media vuelta y enfiló la salida, dejando tras de sí, lo que consideró, una pérdida de tiempo.

La muchacha se levantó de súbito y con las manos aferradas a la mesa, alzó la voz desde el fondo como un disparo sobre la nuca de la mujer que estaba a punto de salir. - ¡Yo le ayudaré a morir, señora! -.

La mujer paró en seco. De repente, todo el ruido de la cafetería cesó, se giró despacio hacia la muchacha y volviendo sobre sus pasos dijo - ¿Quién te ha dicho a ti que yo quiera morir?-. Las dos mujeres navegaron en sus miradas. Las dos tenían charcos en el alma.

2

El bullicio de la terraza del Café Central me sacó de mi extravío literario para llegar a la conclusión de que aquella historia no tenía mucho sentido, pero no tenía otra historia. Al levantar la vista del papel, aquellas dos mujeres, motivo de mi inspiración y ensimismamiento, seguían estando ahí, charlando y riendo tranquilamente en la mesa de enfrente. Ninguna de ellas busca trabajo ni está enferma ni desea morir. ¿Entonces? Solo una coincidencia con mi devaneo literario: una era morena y la otra tenía el pelo blanco, casi plateado.

El camarero, al pasar tras de mí, rozó mi cabeza con su bayeta doblada bajo el brazo. Como un resorte di un respingo y a su - Disculpe, señor - , yo añadí - Otro café solo, por favor -. Y me enfrasqué de nuevo entre los renglones del papel.

3

La muchacha colocó la peluca plateada sobre la cabeza desnuda de la señora, la cual, se miró satisfecha en el espejo con un gesto entre aprobación e insinuación, como un piropero que ella misma se dijera para sus adentros.

- ¡Está muy linda la señora! - Dijo la muchacha.

- ¡Qué bien me mientes cada mañana! - La señora se miró en el reflejo del espejo y con una sonrisa a medias preguntó - ¿Cómo están tus pequeños? -.

- Le mandan recuerdos, anoche nos vimos por Instagram. Por cierto, llamó su hijo René. Con cinismo subrayado la señora expresó su sorpresa - ¡Oh, qué detalle por su parte, después de tres meses sin saber de él! ¿Qué tal tiempo hace en Alaska?

- No lo sé señora, no dijo nada de eso. Eso sí, preguntó por usted, por si había alguna novedad.

Se volvió hacia la muchacha inquisitiva - Y ¿qué le dijiste?

- Lo que usted me ordenó señora, que todo iba bien y que usted dormía.

- René sabe perfectamente cuáles son mis horarios y costumbres. Y por lo que hemos visto también sabe comunicarse por Instagram.

- Pero señora, usted no tiene ni Instagram, ni siquiera sabe cómo funciona.

- Pero tú sí sabes. ¡Enséñame!

4

Solté de golpe el bolígrafo y cerré la libreta, la taza vacía de café se me antojaba como un pozo sin fondo. El mundo había regresado o era yo quien había regresado al mundo.

Una mujer con sombrero tropezó con el borde de una baldosa mal colocada justo delante de mi mesa. La taza vacía de café tintineó y a punto de caerse estuvo como lo estuvo aquella mujer.

Me levanté raudo y la así por un brazo evitando que rodara por el suelo de la terraza del Café Central. A pesar de estar atento para que aquello no acabara en desastre, no pude evitar que el sombrero de la mujer saliera rodando por el borde de su ala. Pegado al sombrero, una melena postiza plateada adornaba las piruetas.

Busqué sus ojos en un intento de disculpa por no haber podido tener una mano más. Al incorporarse, ante mí apareció una cabeza despejada, desnuda de sombrero y peluca, que a pesar del azorado incidente, mantenía el porte de un ser bello. Una mujer orgullosamente hermosa.

Con mi torpeza habitual balbuceé algo así como - Disculpe, yo... -. Y ella, recogiendo el sombrero del suelo, se volvió hacia mí con una sonrisa diciendo - No se preocupe joven. Usted no tiene nada que ver con esto -. No entendí a qué se refería con “esto”.

Se fue como una exhalación, dejando un halo de almizcle en el aire. Ese olor almizclado que como dice mamá, solo Tinín, su pekinés, y yo somos capaces de oler en ella. Y ahora, también en la señora del sombrero que corría por el parque hasta desaparecer de mi vista.

Empezaba a llover.

5

- ¿Ha visto pasar por aquí a una señora con sombrero y peluca plateada?

- ¿Perdón? - Atiné a decir mientras recogía mi libreta y mi chaqueta bajo la lluvia.
- Digo - repitió -, si ha visto pasar por aquí hace un momento a una mujer...
- Pues sí, señor - Le corté a la vez que abría el paraguas -. Señora con sombrero y peluca plateada. Se fue por allí.

Mientras señalaba con mi dedo índice, el hombre subió las solapas de su gabán donde pude leer “Artic Defender – Alaska” y echó a correr en la dirección indicada gritando

- ¡Mamá, mamá! -. La cola de su gabán militar iba dibujando ondas bajo la lluvia.

Sin entender muy bien lo que acababa de ocurrir, abandoné la terraza para entrar en el interior del Café Central. Lancé mi libreta sobre la mesa quedando abierta por la página donde la muchacha abre la puerta de la casa a la señora.

- Vengo descompuesta - Dijo deshaciéndose de su gabardina mojada - .

- ¿Qué ha ocurrido, señora? Está exhausta y empapada.

A penas sin respiración relata lo ocurrido en medio de una niebla mental - Iba caminando por el parque cuando a lo lejos me pareció ver a René, mi hijo. Pero no puede ser, me dije, él está en Alaska. De todas formas le llamé, grité su nombre. Nadie respondió. Me sentí tan estúpida que salí corriendo pensando que esta enfermedad, además de comerme por dentro, me está volviendo loca. Entonces, mientras corría, me pareció que él me llamaba a gritos: ¡Mamá, mamá!

Sentí una alegría incrédula, aún sabiendo que no podía ser él, su voz sonó lejana pero fuerte, como esas apariciones que llegan del otro lado del mundo.

- Tal vez de Alaska, señora - Dijo la muchacha con cierta sorna -.

- ¿Te estás riendo de mí? - La voz de la señora sonó dura y seca. Se quitó el sombrero y se atusó la peluca plateada frente al espejo de la entrada -. Anoche me mandó un reel desde Alaska dándome las buenas noches. Tú misma me lo enseñaste. Me estoy volviendo loca.

La muchacha sonreía, la señora se volvió a mirarla sin entender - ¿Puede saberse que te hace gracia? -.

- Él está aquí, señora.

- ¿Cómo dices? - Sujetó el corazón con su mano derecha -.

- René llegó hoy de madrugada. Él sabe de la gravedad de su enfermedad. No tuve más remedio que decírselo. El rell lo grabó un día antes para usted y me lo envió para que se lo enseñara anoche. Hoy salió de casa después de usted y la siguió hasta el parque. René quería dar a la señora una bonita sorpresa..

La puerta del salón se abrió y entró René. Madre e hijo se fundieron en un largo abrazo.

6

Llegar a casa empapado es buscar las llaves en los bolsillos, abrir la puerta sin que a uno se le caiga la libreta, la bolsa o el pan. Pero sobre todo, entrar suavemente, sin hacer ruido. Un poco con el corazón en vilo. Por mamá.

Vino Tinín, el pekinés, con su habitual algarabía reclamando la penúltima caricia. Ahora, más tranquilo y en casa - pensé -, acabaré las últimas líneas del argumento de la novela. Ya lo tenía perfilado. Además, debo terminarlo porque acabo de gastar en la farmacia el adelanto que me dio la editorial y no ha sido precisamente en folios ni cafés.

Esto nos está arruinando, mamá - Dije para mis adentros mirando la pequeña fotografía de su cara pegada en el frigorífico -.

Abrí la puerta de su dormitorio y la cerré al comprobar que mamá estaba en la cama. Pero volví a abrirla al sentir una ráfaga de ese olor almizclado. Antes de cerrarla miré un instante aquel cuerpo dormido, su sombrero en la cómoda, la peluca plateada sobre la cabeza del maniquí. Tinín se coló en el dormitorio, subió a la cama y se acurrucó a sus pies. Apoyado en el marco de la puerta, aguardé un instante hasta comprobar su leve respiración. Mamá duerme, aún queda vida.

Xabarik de Monleon